

LIBROS

"Delta de Venus"

Anais Nin es una gran escritora que, al igual que otras mujeres como Virginia Woolf, o George Eliot, permanece más o menos desconocida para un público mayoritario. Son raros los casos que superan esa barrera invisible, el de Erica Yong es uno de ellos. Tan sólo se puede quedar uno apenado por esa situación en que se encuentran valores tan aprovechables y positivos, con los que tanto se disfruta, que se hallan marginados por los mismos motivos por los que la mujer se mantiene oprimida y explotada en la sociedad. Quiero decir que el silencio con que se rodea a la literatura de mujeres, silencio que es a veces desprecio, e incluso repulsa. Pero siempre, al menos, silencio, marginación.

"Delta de Venus" (1) es una colección de narraciones que surgieron de la necesidad de Anais por comer para vivir, y vivir. Se trataba de un encargo que había rechazado Miller y que trasladó a su amiga. Pero la escritora no podía limitarse a cumplir un encargo; no podía limitarse a marchitar el magnífico mundo de las sensaciones por la monotonía de escenas siempre iguales. Ella tenía que impedir suprimir la poesía de donde no puede faltar: en el sexo, en el amor. Y así logró el éxtasis que sólo el "pálpito al unísono del sexo y el corazón" puede crear.

No es la vida de Henry Miller lo que hallamos en estos cuentos; no es él, abandonado en sus obras a una vida que nos narra con minucioso detalle, ni son sus prostitutas, ni su preocupación constante por hacerle el amor a toda mujer con la que tropiece. Existe en Anais el amor más allá de la necesidad que acompaña el sexo. No se trata de un amor que ciña, sino de un sentimiento que amplía la satisfacción del encuentro físico. En definitiva, amor, sexo y vida vistos por una mujer.

La diferencia fundamental con Miller, y que ella misma advierte, es lo explícito de él y las ambigüedades de Anais. Aparte, es evidente, del esfuerzo que tuvo que llevar a cabo como mujer en ese mundo dominado exclusivamente por hombres y donde también la literatura erótica, o especialmente, era prácti-

camente patrimonio del macho. ¿No lo sigue siendo?

Y qué bien que una mujer con la sensibilidad de Anais Nin escribiera relatos eróticos. Porque así el lector, si es hombre sobre todo, puede conocer la sensualidad femenina que tan distinta es de la masculina. Mientras, se asiste a la participación de ella en la exploración del lenguaje de los sentidos, aportando su peculiar visión.

No sólo nos descubre lo maravilloso que es penetrar en el mundo del sexo merced al arte encantador de su escritura. También se afirma el propio cuerpo de uno. También se advierte el placer de lo que no puede prohibirse. También se comprende que el objetivo último de todo tipo de progreso ha de ser la felicidad; y el cuerpo cobra entonces su verdadero motor para la satisfacción total de ser humano. Y, claro es, gozar con la mera lectura de esas historias a veces un tanto irreales, desmesuradas, pero siempre incitan-

tes, con esa carga de vida que provoca el ansia del goce.

Incluso el hacerle el amor a una bella mujer ahogada lo convierte Anais en una experiencia que se nos hace deseable. Que- rible.

Cada personaje es un tipo distinto de obsesión sexual, o simplemente se trata de determinado capricho carnal, de fijación exagerada sobre alguna parte en especial del cuerpo, o de perversión justificada y permisible. Toda una galería de aventuras sensuales y juegos amorosos caracterizados por la particular personalidad de la autora. Un feminismo siempre presente que no significa en absoluto ruptura con el macho, sino que, por el contrario, es un verdadero acercamiento a él desde un mismo plano de igualdad. Un feminismo femenino, que llama a la "preocupación fastidiosa por el detalle que convierte a toda mujer en una obra de arte". Sin que la obra de arte se convierta en frío manierismo ajeno a la cordiali-

dad y belleza que debiera mostrar cada mujer. Como persona.

Y, en fin, un libro que tiene el encanto de que se disfruta más allá de su final. ■ VICTOR CLAUDIN.

La pasión burguesa

No, la historia inmortal, la que puede oírse mil veces sin cansancio, no es la del marino, la de la sirenita, la de la botella mágica o la del niño raptado; esas son buenas historias, pero para nosotros los occidentales sólo hay una historia verdaderamente inmortal: aquella de un hombre que dijo lo que opinaba sobre las cosas, aunque le costara la vida. Un hombre libre llamado Jesucristo, y sus doce compinches. Es una historia que, aunque bastante popular, no todo el mundo conoce. Gran parte del desconocimiento debe

ADIOS A LAS LETRAS

¿Le gusta a usted Pla?



A Josep Pla no le gustan los comunistas. A mí no me gusta Pla. Ahora bien: si tuviera poder para hacerlo, no dejaría a este hombre sin trabajo. Yo no ando por el mundo dando tarjetas de baja a los personajes

que me disgustan, porque si eso fuera así aumentaría considerablemente la nómina de los parados españoles.

Pla es un ocupado catalán. Por eso no se preocupa de los otros catalanes, los parados. Una mañana se levantó especialmente anticomunista y empujó a la revista "Destino" a ver fantasmas en su bosque de colaboradores. Carmen Alcalde fue la afectada. La prensa ha dado la noticia casi dentro de su espacio de curiosidades. Son curiosos los viejos. La tercera edad agranda las cosas. Ve comunistas donde hay escritores y ve contubernios judeomasónicos en las faldas de las chicas que le van a ver en la plaza de Oriente. Aparte de butifarras, barretinas y sábanas de Olot, lo que Josep Pla ve es aquello que no ve.

La afectada por la agudeza de la visión equivocada de Josep Pla fue Carmen Alcalde, desposeída de su título de colaboradora de "Destino" por el simple hecho de haber sido, alguna vez, miembro de un Partido Comunista. ¿De qué podría acusar Carmen Alcalde a Josep Pla para dejar sin trabajo al escritor catalán? Para denunciar hace falta ser de un talante, de una ideología determinada. Hay gentes que pasarán por su vida sin denunciar nada ni a nadie porque han aprendido en

su carne lo que vale la tolerancia russelliana.

Pla vivió una época de intolerancia de la que se siente nostálgico y quiere prolongarla hasta estos días, expulsando a comunistas de su entorno, levantando la mano abierta para impedir que las moscas revoloteen, libres, a su alrededor.

¿Qué más les dará? ¿No tienen suficiente con el espacio de admiración que les concede cada día la guía telefónica de la televisión? Inician la purga a destiempo, como quien no quiere la cosa. Les sacan los colores a los que los usaron como bandera de la progresia y hablaba de ellos como de los grandes peques del liberalismo patrio. Aquellos, oh Fabio, son éstos que ahora señalan con el dedo dónde está el pecado, la ideología, y dicen cuál ha de ser la penitencia: deje usted de escribir, que me ensucia el plato.

Ahora habrá que abrocharse los cinturones, porque se corre el riesgo de que nos estén observando los supernumerarios del reino, los que tienen la vara presta, el gesto decidido y los ojos agrandados por la vejez y la intolerancia. Josep Pla ha dado el aviso: la tercera edad es el rayo que no cesa, un silencio equívoco que en cualquier instante puede despertar de su ceniza e incrementar la tasa de desempleo. Izquierdosos, abstenerse de escribir. El paisaje es mucho más puro si se tapiza con las obras completas de Pla, aunque a usted no le guste Pla.

A Josep Pla no le gusta la escritura comunista. A mí no me gusta la escritura de Pla. Si Kant le hubiera aconsejado al escritor catalán, Pla hubiera dejado tranquila a Carmen Alcalde. Pero a veces da la impresión de que a Pla únicamente le asesora Franco. ■ SILVESTRE CODAC.

(1) Anais Nin: Delta de Venus. Editorial Bruguera, 1978.